

Alejandro Vicuña

## Palabras iniciales

Con verdadera satisfacción entrego al público la *Exposición retrospectiva de la Prensa Nacional*, que comprende las publicaciones aparecidas en el país desde que comenzó el periodismo con la *Aurora de Chile* de 1812, hasta el año de 1840. Abarca, pues, los primeros 28 años de nuestra prensa: son los vagidos y vacilantes pasos de esa entidad, representada hoy día por cerca de ochocientas publicaciones diseminadas a lo largo del territorio de la República (1).

Como preciadas reliquias de nuestro pasado cultural y fuentes irreemplazables para el estudio de la historia patria, he querido acondicionar esos periódicos primitivos en forma que asegure definitivamente su conservación. Separadamente he hecho encuadernar cada uno de ellos en sólida y elegante pasta, para prolongar así su duración y facilitar su consulta.

Sin que constituya cargo alguno para las anteriores Administraciones de esta Biblioteca, es preciso anotar que esos ejemplares, únicos algunos de ellos y de precio inestimable, no habían sido debidamente valorizados, permaneciendo hasta ahora en condiciones deficientes de defensa contra el tiempo y seguridad contra los coleccionistas de curiosidades bibliográficas.

De las publicaciones periódicas anteriores al año 40, cuyo número, ateniéndonos a la Bibliografía de Briseño, sube

---

(1) A fines del año pasado (1933) existían en el país 108 diarios, 361 periódicos y 325 revistas.

a 221, he logrado reunir y completar alrededor de doscientas, poseyendo de las restantes números sueltos, los que serán debidamente encuadradas una vez que hayan sido completadas las colecciones.

Debo advertiros que en las publicaciones periódicas que tenéis a vuestra vista no falta un solo número, teniendo por tanto esta colección un precio inestimable. Más aún: en cada periódico no solamente están reunidos los números ordinarios, sino también los extraordinarios, suplementos, alcances, manifiestos, colas, postillones y otra serie de aditamentos que usaban los diarios de antaño.

Además se incluyen junto a ellos las respuestas publicadas por las personas aludidas o atacadas en los respectivos periódicos.

No creo, pues, exagerar, al decir que la colección de periódicos chilenos anteriores al año 40, por su número y su integridad, es del más alto valor bibliográfico y documental.

Como tendréis oportunidad de observarlo al analizar los ejemplares exhibidos, los materiales empleados en los talleres impresores de la época, a saber los tipos, el papel y la tinta, eran de tan excelente clase, que la conservación de esos impresos se halla garantida por varios siglos.

No puede asegurarse lo mismo de los diarios que se editan actualmente, los cuales, por la deleznable calidad de los materiales usados en su impresión escasamente alcanzarán a sobrevivir a la actual generación.

Problema es éste que debería preocupar desde luego a nuestros poderes públicos y a los directores de las empresas periodísticas, ya que tanto el Estado como las mismas empresas están interesados en la conservación de tales publicaciones.

En Estados Unidos se ha resuelto este problema, obligando a los editores de diarios a imprimir en tela los ejemplares que por ley deben ser depositados en las Bibliotecas públicas. Así han asegurado la conservación de la prensa periódica, fuente insustituible para las investigaciones históricas del futuro.

¿Y qué deciros, señores, de las características espirituales de la prensa primitiva de Chile?

Investigadores, sociólogos y periodistas de fuste satisfarán esa justa curiosidad vuestra. Los señores Alfonso Bulnes,

Misael Correa, Guillermo Feliú, Domingo Melfi y Ricardo Donoso os impondrán de las líneas generales que seguían los periodistas de antaño. Ellos se referirán en el curso de la presente semana a Camilo Henríquez y los diversos periódicos que editó o en los cuales colaboró, a la prensa O'Higginista, a la del período revolucionario que precedió a la Constitución del 33, a la que sostuvo o combatió el régimen portaliano, mereciendo estudios especiales algunos periodistas de talento u honradez excepcionales, como Irisarri, Mora y don José Miguel Infante.

Por mi parte, y abarcando en su conjunto todo el periodismo primitivo de Chile os avanzaré que en esa prensa, bajo la modestia de su presentación y la mediocre ilustración de casi todos sus redactores, hay algo que imprime a esas hojas insignificantes el sello de la respetabilidad, y ese algo *es su honradez*.

Completamente desvinculada de toda clase de intereses económicos, esa prensa era realmente libre y consultaba en todo momento, pese a las momentáneas ofuscaciones partidaristas, los intereses de la patria, y nada más.

Una última observación sobre otra característica del periodismo de antaño.

La exigüidad de informaciones y modestia de las impresiones permitían a cualquier ciudadano, por reducidas que fueran sus posibilidades económicas, ejercer el ministerio de fiscalizar la marcha del Gobierno por medio de la prensa.

Un diario o periódico no suponía en aquella época el enorme capital que necesita hoy día cualquier empresa para mantener una publicación diaria con cierta eficacia. De ahí que actualmente, aunque exista en teoría la libertad de prensa para opinar, en la práctica, el ejercicio de esa facultad democrática está reservado únicamente a las instituciones o personas ricas, o sea, a un número muy reducido de ciudadanos.

Las gentes destituidas de recursos económicos, aún aquellas entregadas al ejercicio del periodismo, al servicio de la gran prensa, se hallan imposibilitadas para defender desde las columnas en que escriben, sus puntos de vista e intereses de clase.

No estará demás reproducir, en confirmación de lo anterior, el brindis pronunciado por Juan Swenton, Director del *New York Tribune*, en un banquete donde se agrupaban perio-

distas americanos venidos de todos los puntos de la Unión.

Excusado es advertir que no me solidarizo con las afirmaciones del señor Swenton, pero es preciso reconocer que ellas revisten especial importancia dado el alto cargo periodístico de quien las pronunciara.

Con ruda franqueza dijo a sus colegas de la prensa americana:

«En América no hay prensa independiente salvo en pequeñas ciudades de provincia. Vosotros lo sabéis tan bien como yo.

«No hay ninguno de nosotros que se atreva a escribir honradamente su opinión. Si lo hiciérais, sabríais de antemano que vuestros artículos no aparecerían.

«Yo recibo 150 dólares semanalmente por ocultar mi opinión sincera fuera del diario en que escribo. Otros reciben el mismo salario por el mismo trabajo. Y entre vosotros, el que fuera tan ingenuo que escribiera honradamente su opinión se encontraría pronto en la calle, buscando empleo.

«La tarea del periodista de Nueva York consiste en destruir la verdad, mentir descaradamente, pervertir, envilecer, arrastrarse a los pies de Mamón, vender su raza y su país por el pan de cada día.

«Vosotros lo sabéis como yo que es ridículo dirigirse a la *prensa independiente*.

«Nosotros somos los vasallos y los instrumentos de los hombres de dinero...

«Nuestros talentos, nuestras posibilidades, nuestras existencias son propiedad de otros.»

Luego termina el periodista americano su brindis, caracterizando a sus colegas, en una frase gruesa, que por respeto al público debo suprimir.

Y basta ya de brindis y galanterías para el gremio periodístico de Norte América; pero es preciso anotar que, quien lanza tales invectivas es un profesional en ejercicio, el Director de uno de los principales diarios del mundo.

Al revés de lo que sucede ahora, la primitiva prensa chilena era ante todo y sobre todo libre; libre, no tanto de la posible presión gubernativa, cuanto de esa otra presión más incontrolable e irresistible que nace del consorcio de los intereses económicos.

Con una pluma en la mano y un ideal en el pecho se hacía

periodismo en los primeros años de la República: no se necesitaba más.

Pero, yo me engolfo, señores, en cuestión ajena a mi cometido; abandono mejor la palabra, para cederla a quien sabrá usar de ella con *mayor* galanura y agrado para vosotros.